

JOSE ANDRES GALLEGO

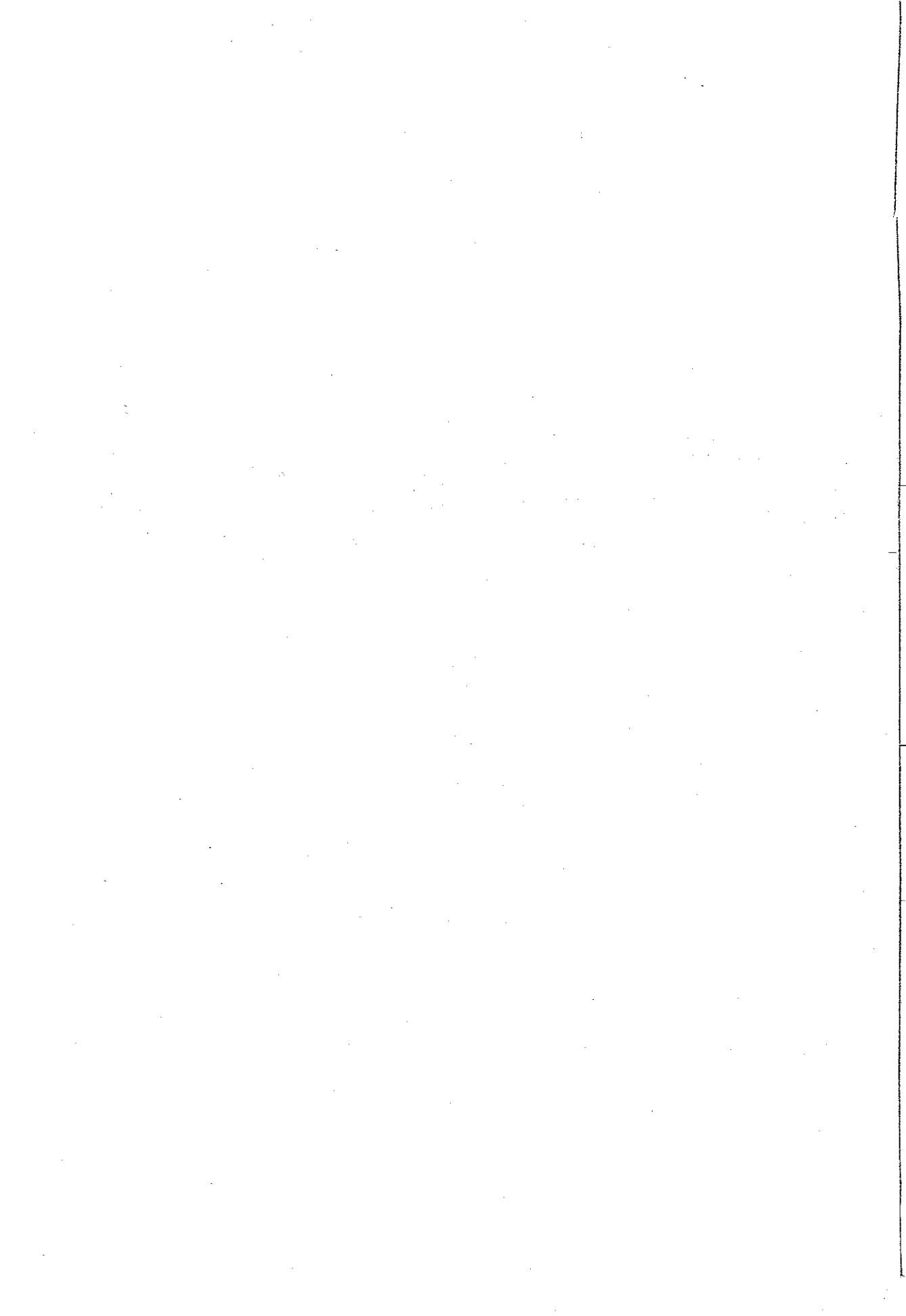
PROBLEMAS EN TORNO A LA  
SEMANA TRAGICA

A T L A N T I D A  
REVISTA DEL PENSAMIENTO ACTUAL

---

Vol. IX. Núm. 49

Enero-Febrero 1971



En los últimos años han aparecido, al menos, tres obras de interés, ninguna castellana, acerca de la Semana Trágica barcelonesa de 1909. De ellas, la primera fue la visión de la figura de Francisco Ferrer Guardia, escrita por su hija<sup>1</sup>, que no ofreció toda la exhaustividad ni la ecuanimidad que fueran deseables.

El tema de Ferrer, bueno sin duda, adolecía en realidad de perspectiva errónea desde el momento mismo de la revolución. El activista ácrata, barcelonés de Alella, había dibujado con su vida una figura típica del anarquismo sentimental, incluso romántico —y terrorista al tiempo, sin verdadero contrasentido—, de los años noventa. Trabajador ferroviario en un principio, en torno a 1894 profesaba (sin que la historia cuente a raíz de qué) castellano en Francia, en casa de Mademoiselle Meunier, que le legó una pequeña fortuna, base más tarde de su empresa política. Republicano entonces, parece ser que defendía la elemental idea de la necesidad de instrucción pública como camino de la democracia, y a ello dirigió, en 1901, la fundación de la llamada Es-

cuela Moderna, cuya pedagogía iba orientada, según sus seguidores, a arrancar los hábitos culturales de dogmas y costumbres y a basar toda actitud en el fortalecimiento de la voluntad del individuo.

En 1906 se vio envuelto en el proceso abierto, a raíz del atentado a los reyes de España, contra Mateo Morral, que trabajaba en la librería aneja a su empresa docente. Fue absuelto de los cargos; pero las escuelas quedaron cerradas y marchó a París, hasta junio de 1909 en que regresó a España.

En julio siguiente, su nombre apareció entre los acusados de participar personal y activamente en la Semana Trágica, por estos hechos: El día 26 se le vio por las calles de la Ciudad Condal, en los lugares de la lucha y, según testimonios de sus enemigos políticos, entre los organizadores de aquel levantamiento; el 27, capitaneaba, al parecer, un grupo levantisco en las Ramblas, y, el 28, acudió a Premiá y a Masnou para excitar los ánimos, conforme nuevamente al testimonio de sus enemigos, afiliados los más (es importante retenerlo) al Partido Radical Republicano, de cuyos miembros se escuchó “que los sucesos de julio fueron de carácter anarquista y promovidos por la Solidari-

1. SOL FERRER, *La vie et l'œuvre de Francisco Ferrer. Un martyr au XX<sup>e</sup> siècle*, París, Fischbacher 1962, 239 p.

dad Obrera, bajo la dirección de Ferrer”<sup>2</sup>.

La culpabilidad de éste fue sin embargo, inmediatamente discutida, y dio origen luego al movimiento de protesta internacional que derrumbó el Gobierno de don Antonio Maura. Don Juan de la Cierva, que dirigió la represión, diría firmemente que “la investigación de la Policía y de los Tribunales instructores le señalaba (a Ferrer Guardia) como el principal o uno de los principales jefes de la revolución”<sup>3</sup>. Pero, desde otro extremo, lo mismo fue negado en toda su amplitud. “Ferrer —escribió el republicano Ciges Aparicio— no participó en los sucesos de la “Semana trágica”, ni se lo hubiesen permitido los organizadores de la huelga. Los socialistas profesaban excepcional enemiga al fundador de la Escuela Moderna, y fue condición expresa de su representante en el Comité —el señor Fabra Ribas [...]— que no se permitiría la intervención directa ni indirecta de Ferrer”<sup>4</sup>. Quienes lo defendieron, en fin, desenterraron luego cartas escritas por el acusado desde la prisión celular, donde esperaba la sentencia, en las que negaba detalladamente todas las acusaciones.

Su actuación, por tanto, dio pie, desde el principio, a juicios encontrados; pero es en ello justamente donde queda la perspectiva errónea a que aludimos antes:

en que la copiosa lista de escritos publicados en torno a si Ferrer fue o no culpable (sólo fuera de España, bastantes más de cien en 1959<sup>5</sup>, sin contar los artículos de prensa) parecía dejar, en ello únicamente, la justificación de unos sucesos esencialmente colectivos. En verdad, los cargos formulados contra él, cumplidamente entreverados por la literatura tradicionalista y moderada de la época, a fin de darles coherencia, tal vez no fueran del todo concluyentes, por mal probados; pero esto, que deja en pie una injusticia, si la hubo, no eleva o disminuye el tono y la ilación del personaje en la historia, fuera del marco biográfico, maximizado cuando la oposición al régimen maurista hizo de él un símbolo del mundo del progreso, aniquilado por la España de la reacción. Tal vez por eso, la bibliografía posterior ha tendido (en ella el libro de su hija) a valorar su ángulo pedagógico, despreciado de antiguo.

Poco después de hacerlo Sol Ferrer, dio a conocer Josep Benet su estudio sobre el poeta *Maragall davant la Setmana Tràgica*<sup>6</sup>, donde, por fin, aparecían atisbos de la organización posible de aquel levantamiento, que paralizó la vida habitual de Barcelona durante cinco días. Libro ameno y útil, de aquellos que dan más de lo que ofrecen, descubría las líneas generales del dispositivo que hizo estallar

2. Cit. LUIS ANTÓN DE OLMET y ARTURO GARCÍA CARRAFFA, *Los grandes españoles. Maura*, Madrid, Imp. de “Alrededor del Mundo”, 1913, 329; cfr. *ibidem*, 325 ss., y *Francisco Ferrer. 10 Janvier 1859 - 13 octobre 1909. Un précurseur*, Bruselas, Editions Pensée et Action 1959, 4 ss., 20 ss.

3. JUAN DE LA CIERVA y PEÑAFIEL, *Notas de mi vida*, segunda ed., Madrid, Instituto Editorial Reus, 1955, 143.

4. MANUEL CIGES APARICIO, *España bajo la dinastía de los Borbones*, Madrid, Aguilar, 1932, 407.

5. V. la relación incluida en *Francisco Ferrer, o. c.*; cfr. *ibidem*, 49 ss.

6. JOSEP BENET, *Maragall davant la Setmana Tràgica*, 2 ed., Barcelona, Edicions 62, 1964, 277 pp.

los hechos de julio de 1909, permanentemente preparados, según dijera Osorio, en la Ciudad Condal. Pretendía, en principio, perfilar la actitud del poeta ante tales sucesos, que rubricó su descripción de la iglesia quemada, pionera ciertamente, en 1910, del catolicismo descomprometido —llamémoslo así— que aún puja por prevalecer. Pero el enfoque del libro presagiaba (con la tercera obra que comentaremos sucedió en efecto) que se diera una importancia desmedida a Maragall en adelante, en los estudios de la Semana Trágica. Quedaba a cambio, esto sí, comenzada su explicación, y a terminarla vino, en 1968, la obra de Joan Connelly Ullman<sup>7</sup>, que abordó de una vez, directamente y en sí mismo, el tema de la revolución de julio.

La empresa no estaba exenta de dificultades: En los años siguientes inmediatos a 1909, la abundante bibliografía que aquellos hechos suscitaron creyó ver sobrados argumentos para probar la espontaneidad de la eclosión (fue esta la tesis liberal, que quería fundar con ello la popularidad de su anticlericalismo jurídico) o, por el contrario, su preparación, según los defensores de la organización eclesial. Sin mantener, es claro, las posturas políticas de entonces, la historiografía posterior siguió mostrando idéntica perplejidad al enjuiciar los hechos<sup>8</sup>, casi siempre eludidos por los estudios acerca de la época, que, al llegar a este punto, han estado conformes en advertir

que no era su propósito dilucidar aquel problema, pasándolo por alto.

Lo ha intentado la obra inglesa por el único camino posible: el de estudiar toda la amplia bibliografía y las fuentes periódicas del tiempo, ya que no los archivos policiales, forzosamente ricos en datos, que han permanecido cerrados ante la investigadora británica.

Parte esta, sin embargo, de un error de bulto: el de subtítular su obra como *A Study of Anticlericalism in Spain* entre 1875 y 1912, siendo así que las primeras páginas, que acaso quieren responder a ello, ignoran problemas importantes de la dinámica eclesial y solo ofrecen, a cambio, una ligera explicación de la crisis del parlamentarismo canovista y de la moderación del Gobierno Maura nacido en 1907, por lo demás dudosa para muchos, incluso liberales<sup>9</sup>. Lo cual, si bien sirve de introducción somera para el lector anglosajón, no ofrece parangón desde ningún punto de vista con cualquiera de las monografías españolas acerca del período, centradas en cualquier otro asunto.

En la segunda parte, se revisan las fuerzas que tejieron los sucesos. Superficiales las semblanzas de Lerroux y Ferrer, ejes en desigual medida de la demagogía radical y del anarquismo, como la del gobernador civil Osorio, que no añaden apenas perfil alguno a los retratos conocidos, interesan en cambio las más breves visiones de los grupos políticos que aglutinaron los elementos revoluciona-

7. JOAN CONNELLY ULLMAN, *The Tragic Week. A Study of Anticlericalism in Spain, 1875-1912*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press 1968, 441 pp.

8. V., como ejemplo, las frases sobre la Semana Trágica, de JESÚS PABÓN, *Cambó*.

1876-1918, Barcelona, Editorial Alpha, 1952, 689 pp.

9. JOSÉ FRANCO RODRÍGUEZ, *La vida de Canalejas*, Madrid, Tip. de la "Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos", 1918, 423.

rios: Solidaridad Obrera, la Federación Socialista Catalana, el Partido Radical y los sectores ácratas. Y comienza a delinarse una explicación del estallido de julio de 1909 al reflejar el malestar nutrido en los meses precedentes por los sucesos de Alcalá del Valle y los conflictos laborales de la industria textil catalana, que provocaron ya las primeras amenazas de huelga general.

Irrealizados tales propósitos entonces, vino a darles vigor la guerra marroquí, impopular quizá por la amenaza que suponía, tras los cercanos conflictos de Ultramar, un nuevo desangramiento de los niveles sociales pobres (incapacitados para pagar aquellas arbitrarias 1.500 pesetas que costaba la redención del servicio en filas) e impopular también por lo que tenía de defensa de unos intereses económicos particulares: los del marqués de Comillas en concreto, todo un eco, además, por sí solo, de la estructura clerical del país. "Los jesuitas —se escribirá por esto en 1909— son los beneficiarios directos de las minas del Rif y en su obsequio se ha hecho la guerra"<sup>10</sup>. Y se insistió también en el entronque eclesiástico del embajador elegido por Maura para tratar con el sultán, don Alfonso Merry del Val, hermano del secretario de Estado del Pontífice, y en su relación con las órdenes religiosas que hacían misión, parece que bajo la tutela económica de la Hacienda española, en aquel territorio<sup>11</sup>.

La oposición a la guerra fue mantenida, mediado el mes de julio, por republicanos y socialistas, que jalonaron aque-

llos días de mítines de protesta en toda España.

El día 14 comenzó en el puerto de Barcelona, el embarque de las tropas de la Tercera Brigada Mixta con destino a Marruecos y, el 18, al hacerlo el Batallón de Cazadores de Reus y algunas fuerzas de Ingenieros en el buque "Cataluña", propiedad de Comillas, la protesta se hizo tumultuosa, en gritos contra la guerra, contra el marqués y contra don Antonio Maura. Los dos personajes y la lucha fueron en adelante objeto de la algarada callejera, en tanto las asociaciones políticas obreristas organizaban la huelga general, proyectada para toda España, que comenzó el lunes 26, cuando, en las primeras horas de la mañana, "una muchedumbre de mujeres y chiquillos, que servían de avanzada a grupos de hombres de acción"<sup>12</sup>, recorrió las calles de la Ciudad Condal.

El desarrollo posterior de los hechos no fue ni muchos menos uniforme. Ya en 1909, un diputado catalán habló de tres fases distintas, semejantes a las que ahora ha concluido Connelly Ullman: "Primera, huelga general organizada por la Solidaridad Obrera; segunda, cooperación de los grupos lerrouxistas, republicanos radicales y anarquistas y, tercera, intervención del hampa"<sup>13</sup>.

Movimiento pacífico al principio, en la noche del 26 al 27 prendieron los primeros incendios, que habían de consumir en mayor o menor medida, durante los días siguientes de la semana, 25 de los 57 templos de Barcelona y 31 de sus 75 conven-

10. Cit. MODESTO H. VILLAESCUSA, *La revolución de julio en Barcelona. Hechos, causas y remedios*, Barcelona, Herederos de Juan Gilí, Editores, 1909, 118.

11. Cfr. CONNELLY ULLMAN, *o. c.*, 129 s.

12. M. H. VILLAESCUSA, *o. c.*, 14.

13. Cit. *ibidem*, 28.

tos conocidos<sup>14</sup>, junto a otros locales de significación católica. E, inmediatamente, en las mismas fechas de los sucesos, comenzó a discutirse la espontaneidad o la preparación del levantamiento.

En apoyo de esta segunda tesis, se arguyó la sucesión de los incendios, que se realizaron por zonas; se rumoreó que los revolucionarios habían recibido dinero, armas y quizá tácticos de Francia, Italia, Alemania y Rusia, y que una veintena de individuos, llegados el 25 de Madrid, repartió dinero entre las gentes para que se echaran a la calle...<sup>15</sup>. La Cierva recordó la simultaneidad de los sucesos: el comienzo de la huelga en Barcelona, Sabadell, Vilanova i Geltrú y otros puntos al mismo tiempo; el inmediato corte de las líneas férreas, llevado a cabo al parecer por técnicos, que aisló Barcelona en pocas horas; el corte posterior de todos los tendidos telegráficos y telefónicos, a excepción del cable de Palma de Mallorca; los ataques contra numerosas comisarías y el interés por destruir sus archivos; los frecuentes anuncios de la revolución, llegados, en fin, al Ministerio, en los días anteriores a su estallido<sup>16</sup>.

El 9 de agosto de 1909, la Junta Central de Acción Católica (que nacía en aquella época, pese a lo que se dice de su organización en años posteriores), de la que formaba parte el marqués de Comillas, aseguró también que los pormenores de la Semana Trágica ponían de manifiesto "el vasto plan a que obedecían"

Y, décadas después, por citar un ejemplo más reciente, se aseguró asimismo que los incendios no fueron más porque "como el grupo de incendiarios era reducido no tuvieron tiempo para completar su obra"<sup>18</sup>.

En esta misma línea, más precisa sin duda, se ha situado ahora la investigación de Connelly Ullman, para quien el movimiento fue un hecho organizado por las sindicales obreras, orientado en principio como huelga general pacífica, que degeneró en motín anticlerical por mano de activistas de la Juventud Radical y de la Casa del Pueblo, entidades lerrouxistas ambas.

Justifica su tesis la escritora inglesa en la necesidad, que hubieron de afrontar los radicales, de buscar una salida al levantamiento triunfante, de manera que, sin quitarles a ellos el prestigio revolucionario, la protesta quedara desviada y mantenida la posición del partido en el régimen de la Restauración, al que, de este modo, venían a proteger, quizás de acuerdo con Madrid, al suscitar los incendios<sup>19</sup>.

No ha sido esta, sin embargo, la tesis de Benet. En su estudio de la Semana Trágica, concluyó precisa y documentadamente lo contrario: que, ante el rotundo éxito de la huelga el 26 de julio, los cabecillas societarios pidieron ayuda al radicalismo para que acaudillara el movimiento y lo orientase hacia el triunfo de la república; pero los dirigentes lerrouxistas

14. V. la relación de los lugares incendiados en MAXIMIANO GARCÍA VENERO, *Historia del nacionalismo catalán (1793-1936)*, Madrid, Editora Nacional, 1944, 567 ss.

15. Cfr. M. H. VILLAESCUSA, *o. c.*, 21 ss., y ANTÓN DE OLMET..., *o. c.*, 323 s.

16. Cfr. *o. c.*, 136 ss.

17. "Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Pamplona", 24 agosto 1909.

18. M. GARCÍA VENERO, *o. c.*, 572.

19. Cfr. *ibidem*, 323 s.

no aceptaron la responsabilidad, y la insurrección se transformó *"en un moviment caòtic, incoherent, sense quadres ni direcció"*.

*"Fou dins aquest clima caòtic —determina— que commença l'incendi dels primers temples i convents, davant la impassibilitat de les forces de l'exèrcit"* <sup>20</sup>.

Pero, en realidad, ambas explicaciones acaso son asimilables —es una mera hipótesis— en la instrumentalización monárquica tantas veces atribuida al partido radical: de modo que bien pudo haber un repudio de la canalización republicana del movimiento, conscientes los radicales de su incapacidad y de su dependencia de los monárquicos anticatalanistas y, a cambio, el desahogo incendiario, que mantenía limpios sus blasones extremistas y era una manera de acabar con la huelga, que se consumiría con los mismos incendios, en la medida en que fueran convertidos en finalidad de la protesta.

\* \* \*

Con ambas investigaciones, catalana e inglesa, la historiografía tiene, al fin, apoyo firme para tomar postura acerca de unos hechos que no tendrán que ser, en adelante, eludidos, aun cuando el tema no parezca ni mucho menos agotado.

Porque, en rigor, la explicación de la Semana Trágica puede adolecer aún, a sesenta años de su explosión, del mismo error de los inicios: el de enjuiciar un movimiento colectivo sólo bajo el criterio de maniobra política (ya que no como

obra de un hombre solo, según se pensó entonces).

Lo decisivo de aquellos siete días, creemos, no es su desarrollo incidental, por trágico que fuera, sino su valor de pulso y descripción de un estado de ánimo y de una situación cultural, social y económica, que hubo de formarse y prolongarse en un tiempo anterior y mantenerse y evolucionar después. Por eso, en la obra inglesa, que es la que ha afrontado directamente el problema, se echa de menos un punto de partida tan esencial como el de situar los acontecimientos en el marco de una sociología histórica.

Hubiera sido necesario, en principio (y las fuentes abundan para hacerlo, y son asequibles, cuando no están elaboradas ya), trazar las líneas fundamentales de la geografía humana de Barcelona en 1900: sobre todo la estructura profesional de la población, que permitiría valorar después las fuerzas encontradas, y su distribución en los distintos barrios y sectores de la ciudad, para cotejarlo con la localización de los disturbios. Ya en los días de julio de 1909, se habló de la existencia de "centros predilectos de acción": las barriadas de Gracia, San Martín, San Andrés, Pueblo Nuevo, el Paralelo y Sans, que eran las zonas obreras que rodeaban la ciudad y fueron los escenarios de la lucha, centrada en el Paralelo y en las calles adyacentes, "donde imperaba Lerroux", como núcleo principal de resistencia.

Parecida utilidad tendría, tal vez, cartografiar los locales incendiados (cuya lista, por barrios, ha sido publicada, y citada aquí), que orientaría sobre la dirección del movimiento y acaso sobre las preferencias de la destrucción, si las hubo. El

20. *Ibidem*, 50.

círculo de fuego —describía Villaescusa el martes 27— “rodea a Barcelona y aun ha logrado penetrar en dos puntos de la ciudad antigua, San Pablo y San Cucufate”<sup>21</sup>. Y la existencia de una planificación de los incendios, consumados por zonas, con lagunas donde la organización revolucionaria era deficiente o no existía, fue denunciada también. “Está, además, probado en varios procesos, que los incendiarios de Barcelona habían descompuesto la población en sectores, en cada uno de los cuales una turba local recibía órdenes de un grupo que sucesivamente los iba visitando.

Este grupo, capitaneado por un jefe, llevaba una lista de los edificios que habían de ser quemados, daba a los revolucionarios noticia de cuál debían incendiar después de aquel que entre manos tenían, y pasaba a dar órdenes a una y otra turba”<sup>22</sup>.

Los datos contradictorios sobre la participación del pueblo en los disturbios no autorizan una conclusión uniforme. Es posible que, por lo general, si no hubo levantamiento espontáneo, los obreros fueran sumándose a él progresivamente, por mera dinámica de atracción en los movimientos de masas. Pero no cabe duda de que esa respuesta colectiva ante agentes exteriores supone esquemas mentales, colectivos también, que aquí cabe reducir a dos líneas elementales: anticlericalismo frente a obrerismo, creencia en la asimilación de la Iglesia a la burguesía frente a reivindicación de clase. De ambos ha de haber, al menos, dos niveles distin-

tos: un nivel cultural, que muestre la preexistencia de una mentalidad de ese tipo (en el primer caso se ha remontado, cuando menos, a los siglos de la llamada Edad Media), como respuesta subconsciente ante la estructura social; otro nivel inmediato, en la opinión pública creada por determinados focos de propaganda.

De estos, es claro que continúa velada la personalidad política del primer Lerroux; puesto que la autovalorización de sus relaciones con la Iglesia<sup>23</sup> no es aceptable, porque olvida demasiado viejos extremismos, y las alusiones historiográficas a su actuación a principios de siglo son poco detenidas, aun cuando no carezcan de sugestividad. Pero, sobre todo, falta cuantificar, en lo posible, la atracción que ejerció el “emperador del Paralelo”, la labor de los locales del Partido Radical y su ascendiente sobre sectores obreros y pequeños burgueses.

En el mismo sentido, sería preciso valorar cuantitativamente el anarquismo catalán, polarizador máximo del proletariado en la región. Su agriamiento terrorista en la última década del siglo XIX, a escala occidental, es bien conocida. Pero en España, en los primeros años del XX, queda ligado a Barcelona de manera obsesiva: Según una estadística anterior a la Semana Trágica, entre marzo y diciembre de 1907 habían estallado o fueron recogidas nueve bombas en la Ciudad Condal; en 1908, dieciséis, y, entre enero y junio de 1909, seis, que dejaron, en los tres años, veintiséis heridos y cinco muer-

21. *Ibidem*, 19 s.

22. ANTÓN DE OLMET..., *o. c.*, 323 s.

23. V., el capítulo que dedica a sus relaciones con la Iglesia en ALEJANDRO LERROUX, *Mis memorias*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1963, 660 pp.

tos<sup>24</sup>. Es presumible la utilidad que los archivos policíacos han de tener en el conocimiento de este asunto.

También en el activismo ácrata requieren atención especial los centros de enseñanza anarquista, cuyo más conocido ejemplo fue la Escuela Moderna de Francisco Ferrer Guardia.

Con frecuencia, por cierto, han sido confundidas como una sola cosa las escuelas anarquistas, las escuelas laicas y otras de difícil encasillamiento, que dependían de centros de cultura o de los municipios. En 1899, por ejemplo, el presidente de una entidad catalana hubo de acudir a monseñor Morgades, obispo de Vich, a fin de que ahuyentara las dudas acerca de la moralidad que habían recaído sobre la escuela protegida por el centro<sup>25</sup>.

Escuelas laicas, que fueron tildadas de anarquismo, no sabemos con qué fundamento, había en Barcelona y quizás en Gerona en torno a 1880, en Tarrasa en el 83, en San Felú de Guixols dos años más tarde...; pero (los datos son confusos) parece ser que decayeron hacia 1890 por desacuerdos económicos entre sus impulsores<sup>26</sup>.

Republicano aún, Ferrer (que en esto sí tuvo importancia, probablemente), fundó la Escuela Moderna en Barcelona, en septiembre de 1901, con sólo 30 alumnos. Pero, constituida en verdadera empresa, la multiplicación de los centros fue rá-

pida: Hasta 1906, en que fueron clausurados, había creado medio centenar de escuelas más y publicados treinta libros, varios de ellos de texto, de los que, en 1909, había en su propia casa editorial, creada al efecto, 110.000 volúmenes, que dan idea del ámbito numérico en el que se movía la organización. Colaboraban en la empresa, con su dinero o sus escritos, el naturalista Odón de Buen, autor del texto geográfico de las escuelas; Martínez Vargas, profesor de la Facultad de Medicina de Barcelona; don Nicolás Estévanez, ministro de la primera República y autor de algunos de los libros impresos, Anselmo Lorenzo, miembro de la Internacional, e incluso hombres templados como don Santiago Ramón y Cajal, que prologó la *Evolución super-orgánica*, de Enrique Lluria.

Solo de la *Cartilla filológica española*, primer libro de lectura en aquellos centros, se hicieron, al menos, dos ediciones de 10.000 ejemplares cada una, y su contenido, como el de los demás escritos, que fue aireado desde 1909 por los publicistas tradicionalistas y conservadores, hervía ciertamente en frases despectivas sobre lo que creían fundamento de la sociedad burguesa: la patria, el ejército, la justicia humana, los gobiernos y la política, el matrimonio y la familia y, sobre todo, el cristianismo<sup>27</sup>.

Quería Ferrer, en definitiva (así lo escribió él mismo), "destruir la sociedad

24. Cfr. FERNANDO SOLDEVILLA, *El año político 1909*, Madrid, Imprenta de Ricardo de Rojas, 1910, 220 s.

25. Cfr. Arxiú episcopal de Vic, leg. 533, "Correspondencia 1899".

26. Cfr. RENÉE LAMBERET, *Mouvements ouvriers et socialistes (chronologie et biblio-*

*graphie)*. *L'Espagne (1750-1936)*. París, Les Editions Ouvrières 1953, 48; *Francisco Ferrer...*, 15, y M. H. VILLAESCUSA, *o. c.*, 96.

27. Cfr. *Francisco Ferrer...*, 17 ss.; M. H. VILLAESCUSA, *o. c.*, 104 ss.; R. LAMBERET, *o. c.*, 72; J. DE LA CIERVA Y PEÑAFIEL, *o. c.*, 143, y ANTON DE OLMET, *o. c.*, 312, donde transcribe varios textos.

desde sus fundamentos”<sup>28</sup> para levantar sobre ella su nueva estructura ideal, y un empeño así con tales instrumentos y un sistema de medios de expresión ciertamente extendido, según vemos, hubo de tener alguna eficacia.

Eficacia que, desde otro ángulo, podría ser medida acaso a través de los archivos eclesiásticos, frecuentemente ricos en correspondencia privada sobre asuntos locales, que pueden ayudar, a veces, si no a trazar un esquema completo y detallado de la sociología religiosa de la época, sí a esbozarlo con datos y valoraciones de interés.

En el mismo terreno, la Semana Trágica plantea otro asunto importante: Siendo un levantamiento que se enfrentó a la Iglesia, lo hizo en una ciudad donde, en frase de su obispo, monseñor Laguarda, de octubre de 1909, “la acción social católica no estaba [...] ociosa ciertamente”<sup>29</sup>. De acuerdo con un extenso resumen de aquel año, valioso aún con su imprecisión, los saqueos e incendios de aquellos días, al detener la labor social realizada por religiosos y sacerdotes seculares en los lugares atacados, afectaron a unos 4.850 alumnos, hijos de obreros, sólo en 13 de tales centros, que no fueron quizá ni la mitad de los dedicados a este tipo de enseñanza entre los destruidos por la revolución<sup>30</sup>.

¿Por qué los atacaron, pues? Algunos detalles animan a pensar que, si el ataque partió del mundo laboral, no se hizo de modo coherente. Se ha dicho, en concreto, que algunos de los locales afectados fue-

ron socorridos por los mismos rebeldes y que, al comenzar los incendios, avisaban a los religiosos que los ocupaban, aunque, después, la participación de otros elementos degeneró en pillaje<sup>31</sup>. Se afirmó, incluso, que, si “el pueblo” participó en la huelga el primer día, en los demás “se ha metido en su casa negándose a secundar el movimiento revolucionario”<sup>32</sup>. Lo que, en tal caso, podría dejar en tela de juicio su animosidad contra el clero.

Pero tampoco abonan los datos que tenemos, desde luego, la visión de una sociedad compenetrada con la Iglesia. Asombra la pasividad general ante los sucesos: la soledad de los clérigos perseguidos que respiran los relatos de hechos aislados, o la actitud de los barceloneses (las crónicas hablan de “toda Barcelona”, con estas o similares palabras) que contemplaban las hogueras desde las azoteas de sus casas. Y este hecho, realmente importante, fue, además, subrayado con acierto ya en el verano de 1909: “*No sols és abominable —escribió Miquel Costa i Llobera— lo que han fet les turbes d’incendiaris profanadors i lladres, sinó lo que ha deixat fer una ciutat de 600.000 ànimes*”<sup>33</sup>. Y también Maragall lo puso de relieve entonces: “Es triste lo que ha pasado en Barcelona, porque demuestra que allí siempre estamos a discreción de una turba. El pueblo, propiamente, no peca más que negativamente, esto es, por tolerar y fomentar con su indiferencia el espíritu de turba

28. Cit. M. H. VILLAESCUSA, *o. c.*, 94.

29. Cit. J. BENET, *o. c.*, 204.

30. Vid., M. H. VILLAESCUSA, *o. c.*, 36 ss.

31. Cfr. M. GARCÍA VENERO, *o. c.*, 572.

32. M. H. VILLAESCUSA, *o. c.*, 21.

33. Cit. J. BENET, *o. c.*, 83.

que lo domina. Nuestras clases directoras no están, no estamos a la altura”<sup>34</sup>.

Cabe pensar, por último, en el distanciamiento que las propias congregaciones religiosas pudieron imponer a los obreros entre quienes vivían, con los esquemas burgueses que su actuación mostraba en ocasiones. Es claro que una hipótesis así requiere estudios de índole diversa que la apoyen. Pero tal vez es suficiente para sugerirla la extracción burguesa frecuente en los personajes regulares de la literatura coetánea (*La Hermana San Sulpicio* y *Electra* son buenos ejemplos) o la per-

duración, hasta hoy día, de ciertas medidas discriminatorias en el alumnado de algunos centros dirigidos por ellos.

En cualquier caso, es claro que la historia de la Semana Trágica no está acabada. Benet y Connelly Ullman han aportado, desde luego, buenas visiones de la génesis política de los sucesos. Pero, en verdad, el tema salta las fronteras de su propia limitación cronológica y adquiere solo y todo su sentido como denuncia de un poso cultural o de una corriente de opinión, que no están dilucidados.

34. Cit. *ibidem*, 69.

JOSÉ ANDRÉS GALLEGO